

UNA «CORRESPONSAL DE GÉNERO» AVANT LA LETTRE: ESTUDIO CRÍTICO DE LAS CRÓNICAS DE EMMA SAREPTA YULE (1863-1939) SOBRE LAS MUJERES DE ASIA ORIENTAL*

A «*Gender Correspondent*» Avant la Lettre: A Critical Study of Emma Sarepta Yule's (1863-1939) Chronicles of East Asian Women

Montserrat Crespín Perales

Universidad de Barcelona. España

m.crespin@ub.edu | <https://orcid.org/0000-0002-0190-9692>

Fecha de recepción: 20/06/2023

Fecha de aceptación: 4/10/2023

Acceso anticipado: 05/10/2023

Resumen: Este artículo expone un caso de estudio ilustrativo del papel de las mujeres en la prensa escrita de principios del siglo pasado que sirve para examinar críticamente los reportajes que firmara la estadounidense Emma Sarepta Yule (1863-1939) sobre las mujeres en Asia Oriental, publicados en la revista ilustrada *Scribner's Magazine* y en *Current History*. La pretensión es poner de manifiesto los elementos ideológicos, culturales y de género patentes en las crónicas de Yule dedicados a la «nueva mujer» asiática, y cómo los escritos reflejan el contexto geopolítico de la época. Se busca con ello destacar el rol de estas «corresponsales de género» para discutir la representación de la «nueva mujer» en Japón, China y Corea que difundieron en las revistas. Asimismo, se reseñan los factores «geosexuales» y «geoideológicos» de sus textos, y las contradicciones entre la realidad de aquellas mujeres y el intento de la periodista por superponer, manejando la categoría «nueva mujer», principios y valores propios de la «modernidad protestante» movilizadas con la ayuda de

* Este artículo es un resultado del GRC Creación y pensamiento de las mujeres (2021 SGR 01097), financiado por el Departament de Recerca i Universitats de la Generalitat de Catalunya.

la implantación en Asia de organizaciones lideradas por mujeres como la *Young Women's Christian Association* (YWCA). Se destaca la naturaleza disputada de la modernidad y del feminismo en Asia Oriental durante ese período, estudiando cómo las periodistas extranjeras jugaron un rol sustancial en la construcción de la imagen de la «nueva mujer» en la región, para concluir subrayando la relevancia que esta producción periodística tuvo transmitiendo el ideario liberal-idealista connatural a la sociedad internacional de entreguerras y los problemas epistémicos que presenta.

Palabras clave: Emma Sarepta Yule (1863-1939); crónica periodística; nueva mujer; geosexualidad; geoideología.

Abstract: This article presents an illustrative case study of the role of women in the print media at the beginning of the last century that serves to critically examine the chronicles signed by Emma Sarepta Yule (1863-1939) on women in East Asia, published in the journals *Scribner's Magazine* and *Current History*. The aim is to highlight the ideological, cultural, and gender elements evident in Yule's reports dedicated to the Asian «new woman», and how the writings reflect the geopolitical context of the time. This seeks to highlight the role of these «gender correspondents» to discuss the representation of the «new woman» in Japan, China, and Korea that they disseminated in magazines. Likewise, the «geosexual» and «geoideological» factors of their texts are reviewed, as well as the contradictions between the reality of those women and the journalist's attempt to superimpose, handling the category “new woman”, principles and values of the «Protestant modernity» mobilized with the help of the establishment in Asia of women-led organizations such as the *Young Women's Christian Association* (YWCA). The disputed nature of modernity and feminism in East Asia during this period is underlined by studying how foreign journalists played a substantial role in the construction of the image of the «new woman» in the region, to conclude by showing the relevance that this journalistic production had in transmitting the liberal-idealist ideology inherent to the interwar international society and the epistemic problems that it presents.

Keywords: Emma Sarepta Yule (1863-1939); journalistic chronicle; new woman; geosexuality; geoideology.

SUMARIO: 1. Introducción; 2. La «nueva mujer» del «nuevo Japón»; 3. Las sin nombre: la «Señorita China» entre murallas; 4. Las «nuevas» y «jóvenes» rebeldes coreanas en un país «soñoliento»; 5. Nota final: El «género» de la «crónica»; 6. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

En octubre del año 2017, el periódico *The New York Times* anunciaba que había creado un puesto laboral, «editora de género» (*gender editor*) o, también, «corresponsal de género» (*gender correspondent*), con la misión de «liderar una iniciativa múltiple para profundizar en el compromiso con las lectoras de todo el mundo» elevando la «cobertura sobre asuntos de género, e impulsando la investigación sobre cómo el tono, la forma de las historias, los temas, las fuentes y otros elementos

del reportaje afectan al consumo de las mujeres, además de hacer proselitismo de las buenas prácticas en la sala de redacción» (*The New York Times*, 2017, s/p). El rol de estas «editoras de género» se ha estudiado como un fenómeno que, igual que el de editor de medios sociales, persigue «adecuar el producto informativo a un tipo de audiencia nicho» (Pérez-Soler y Roca Sales, 2019, p. 68). Aparte de integrar y potenciar la perspectiva de género en los medios, el puesto está empresarialmente enfocado a cumplir con las expectativas de un sector de las lectoras, o audiencias, de los medios de comunicación generalistas, como lo son los diarios, sea el *The New York Times*, o, en España, *El País*, el primero que incorporó a esta figura en su redacción en el año 2018 (Parratt-Fernández, Mera-Fernández, y Cáceres-Garrido, 2023, p. 4). Con todo, el fenómeno no es nuevo ni las ahora conocidas como «editoras de género», inéditas. Como se va a intentar justificar a continuación, las actuales editoras o corresponsales de género recuperan una práctica desempeñada por la voz y la escritura de las mujeres que publicaron sus crónicas en las páginas de las revistas que proliferaron desde finales del siglo XIX y maduraron en las primeras décadas del siglo pasado.

A juicio de uno de los investigadores del *Proyecto de revistas modernistas (Modernist Journals Project, MJP)*, Sean Latham (2011, p. 409), la recuperación de estas revistas y el ejercicio de «excavación cultural» (*cultural excavation*) son esenciales para los estudios de mujeres y para el criticismo y la historiografía feministas. Y, en efecto, desenterrar estos materiales es fundamental, no únicamente porque con ello se puede resaltar de qué forma esas editoras supieron aprovechar el canal expresivo que este tipo de magazines ilustrados ponía a su disposición, sino, además, porque hicieron suyo el espacio para la innovación artística, literaria o política. Como señala Latham (2011, p. 409), esto es paradigmático en el caso de las sufragistas que «hicieron un uso brillante de los recursos de la cultura impresa para ganar el voto y efectuar una entrada amplia de mujeres en una esfera pública revitalizada»¹.

Este ensayo conecta con esa tarea de prospección, pues la documentación que aquí se someterá a análisis crítico se ha extraído de dos fuentes: de uno de los magazines modernistas más significados, la publicación mensual *Scribner's magazine*, en circulación desde 1887 hasta 1939, y de *Current History* que fue, primero, y a partir de 1914, suplemento del diario *The New York Times*, y hoy en día sobrevive como revista generalista que publica la editorial University of California Press, que la presenta como la «más antigua editada en los Estados Unidos dedicada exclusivamente a los asuntos internacionales» (*Current History*, 2023, s/p). Metodológicamente, se opta por seleccionar deliberadamente un corpus textual de reportajes producidos y canalizados desde esta prensa estadounidense, hilvanados todos ellos a partir de la superposición de la categoría «nueva mujer» a mujeres del este

¹ Con el fin de mantener la coherencia estilística y terminológica del artículo, la traducción de las fuentes escritas originalmente en una lengua diferente al castellano es mía.

asiático, y escritos por una autora, que se presentará en breve, también nacional de ese país. Con ello, se persigue desvelar algunos patrones ideológicos que forman parte de las crónicas seleccionadas y alojadas en dichas revistas. Para este objetivo, no se tratará de indagar en la línea editorial de las revistas consignadas, sino de averiguar los elementos ideológicos, culturalistas y sexo-genéricos que atraviesan los escritos que firman sus autoras. Se hará a partir de un caso de estudio que ayudará a desentrañar de qué modo se traslada la categoría «nueva mujer» a segmentos de la población femenina en áreas geográficas externas al mundo anglosajón, en concreto, Asia Oriental. Esta decisión intencional responde, además, al afán por romper con cierto consenso prevalente que, al priorizar la visibilidad y la recuperación de escritoras y autoras, corre el riesgo de dejar intocadas las contradicciones subyacentes en la batalla de las ideas y material. Se tratará, pues, de abordar estas creaciones periodísticas que, frente a la alteridad prescrita —aquí, la doble clasificación de atribuciones para la «nueva mujer» y el papel semántico de la adjetivación que le sigue, «oriental»—, revelan profundos antagonismos.

Las cronistas de entonces, precursoras de las «corresponsales de género», proveen unos materiales idóneos para subrayar hasta qué punto la perspectiva de las autoras está condicionada, de un lado, por lo que denomino «geosexualidad», entendiéndolo por ello el «mecanismo de representación cultural del otro, territorial y geográficamente precintado —aquí, en la idea de “Asia”—, al que se le sobrepone símbolos culturales con carga normativa decretados con respecto a lo “femenino” o lo “masculino” desde el género como categoría histórico-social» (Crespín Perales, 2019, pp. 95-96). Y, de otro, por el sustrato «geoideológico» que, en definición de Ponce Urquiza (2009, p. 68), consiste en el «establecimiento de doctrinas, políticas, normas y conductas, que fortalezcan la posición de un Estado hegemónico frente a sus rivales potenciales y reales».

Estas diversas tensiones quedan perfectamente ilustradas en la producción periodística de Emma Sarepta Yule (1863-1939), una de las pioneras de las ahora institucionalizadas y profesionalizadas editoras de género, corresponsales de género o «columnistas de género» (*gender columnists*).

Yule, originaria de Iowa, empezaría su andadura como maestra en la ciudad de Everett, en el estado de Washington, tarea que continuaría en Juneau, Alaska. En sus viajes, recaló en diferentes países de Asia, siendo uno de ellos Japón, un país al que le dedicaría un monográfico —*En Japón: sin reloj ni calendario (In Japan: Without a Clock or Calendar)* (1935)— y en el que, al parecer, aparte de los años como profesora de inglés en el Instituto de Agricultura de la Universidad de Filipinas, es el territorio asiático en el que pasaría más tiempo, alrededor de dos años (Fox, 2022, s/p).

Las vicisitudes de su biografía y lo variado de su producción escrita, que bascula entre las narraciones de sus viajes, las crónicas en diarios y revistas, y el material docente, son un muestrario valioso para comprender la manera en que operan dichas

contradicciones. Y, claro, para conocer el trasfondo ideológico que alimenta gran parte de los juicios que emite al transmitir cómo veía la situación de las mujeres asiáticas a inicios del siglo pasado y, esencialmente, al hacer propuestas de solución ante los problemas educativos, económicos, laborales o familiares de estas.

En su desempeño como profesora de inglés en Filipinas, redactará su *Introducción al estudio de la historia colonial para uso en las escuelas de secundaria* (*An Introduction to the Study of Colonial History for Use in Secondary Schools*) (1912) que es un material didáctico vinculado al período en el que está vigente la cesión de España a Estados Unidos de las Islas Filipinas, a cambio de veinte millones de dólares, y ratificada en el Tratado de Paz entre los dos países —Tratado de París— de 10 de diciembre de 1898. Como se sabe, Filipinas pasaría a ser territorio no integrado de Estados Unidos hasta que fuera ocupado por Japón en el año 1941, no pudiendo recobrar su independencia formal hasta 1946. Así las cosas, el manual, una herramienta pedagógica, tenía por objeto enseñar a los estudiantes que «una colonia es una etapa en la evolución de la civilización y el autogobierno», y que la política colonial no es otra cosa sino el resultado del «progreso de la civilización» (Yule, 1912, p. 3). La historia de las colonias, de los procesos colonizadores, y de sus políticas son el diapasón del paso del siglo XIX al XX con su consolidación de un mundo de imperios que resuena en la legislación internacional que se impulsaría desde la Sociedad de Naciones (SDN). Así, no puede pasarse por alto que en el artículo 22 de su Pacto (1919), la SDN rubricara el principio tutelar que se arrojarían para sí los estados «civilizados» frente a los pueblos incapaces («pueblos que aún no pueden sostenerse por sí mismos») por el bien de la «misión sagrada de la civilización» (Société des Nations, 1920, p. 9).

En su papel como «corresponsal de género», Yule firmaría diversos artículos en los que plasmaría sus impresiones y perspectivas sobre la condición de las mujeres en Asia. Reportajes como «Feminismo Filipino» («Filipino Feminism») (1920), «La nueva mujer japonesa» («Japan's New Woman») (1921), «Señorita China» («Miss China») (1922), en *Scribner's Magazine*; o «Las jóvenes rebeldes de Corea» («The Young Women Rebels of Korea») (1923), en *Current History*. Deborah A. Fox sostiene que, gracias a ellos, los estadounidenses pudieron conocer la vida de estas mujeres, su situación y sus luchas (2022, s/p). Sin duda, pero ¿desde qué coordenadas epistémicas y normativas? Se necesita averiguar qué subyace en el relato o, mejor dicho, qué principios y valores —culturales, sociales y/o morales— substancian el modo de presentar y representar a los lectores las circunstancias de estas mujeres. Una interpretación deductiva puede ayudar a aprender cuál era el trasfondo ideológico, sexual o «culturalista», pues conviene fijar la atención en aquello que las crónicas tienen de normativo y valorativo: cómo le parece que *son* esas mujeres, de qué manera *ve* ella —interpreta— sus propósitos de cambio social a través del prisma de la «nueva mujer» o, particularmente, qué recomendaciones —políticas, sociales, familiares, educativas— hace y desde qué posición.

En lo que sigue, y para disponer del tríptico de su representación de las mujeres de Asia Oriental, se examinarán los artículos «La nueva mujer japonesa», «Señorita China» y «Las jóvenes rebeldes de Corea». Esta acotación facilitará reflexionar sobre los canales de transmisión y proyección de imágenes de la alteridad —la «mujer oriental»— respecto a la identidad «patronal» —la estadounidense—, así como sobre sus efectivos «truismos culturales» amparados en el paraguas del género periodístico de la crónica y en la autoridad epistémica de las reporteras o corresponsales internacionales del momento. A través de la figura de Yule se espera mostrar de qué manera ella compendia las paradojas inherentes a la mirada de la cronista en el interior de espacios «geoideológicos» y «geosexuales», recortados estos, a su vez, por tópicos conceptuales sobre los que se erige la supuesta descripción «fidedigna» de unas determinadas «realidades» de la «preconcebida» otredad. A partir de ahí, se abre la posibilidad de mirar hacia aquellos interrogantes que trascienden a nuestra autora y que, por ello, siguen interpelando. Una vez investigado este caso de estudio y, en lo posible, singularizado algunos de los mecanismos del discurso periodístico en forma de crónica internacional, quizás estos patrones ayuden a hacer el mismo ejercicio, pero observando entonces la cobertura de las actuales editoras o corresponsales de género cuando nos comunican asuntos referidos a la situación de las «otras» mujeres, aquellas con respecto a las cuales media la distancia social, económica, cultural o religiosa.

2. LA «NUEVA MUJER» DEL «NUEVO JAPÓN»

La primera de las crónicas de Yule en *Scribner's Magazine*, «La nueva mujer japonesa» (1921), sitúa la aparición de esta «nueva mujer» en los aires de esperanza de la recién acabada Primera Guerra Mundial (1914-1918). Es el lapso que marca el culmen del efímero idilio entre Japón y el imperio británico (alianza anglo-japonesa 1902-1921) y la participación japonesa en el liberal-idealismo que impregnaría el ambiente una vez finalizada la Gran Guerra y se materializaría en la Conferencia de Paz de Versalles (1919). En ella, Japón, aun siendo parte del bloque vencedor junto a los llamados «cuatro grandes» (*big four*) (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia), sería tratado con desdén por motivos raciales cuando, en plena negociación del pacto de la SDN, el bloque anglosajón barró el paso a la «cláusula de igualdad racial» (v. Shimazu, 1995).

Los principios y valores de este liberalismo-idealista, reflatado hacia el final de su mandato (1913-1921) por el presidente estadounidense Woodrow Wilson (1856-1924), premio Nobel de la paz en 1919 por haberse convertido en el valedor de la SDN, aunque, ironías o astucias de la historia, su país nunca se incorporara a la institución, combinaban perfectamente con la imagen de este Japón flamante. El país consolidaba su proceso constituyente tras la Restauración Meiji (1868-1912) y,

ya en pleno periodo Taishō (1912-1926), podía presentarse al mundo como el «nuevo Japón» en el que sus gentes —sus hombres y mujeres— se confiarían al credo del nuevo siglo, el modernismo, y a sus nuevas subjetividades que para Yule eran dos —el «nuevo rico» (*narikin*) y la «nueva mujer» (*atarashii onna*)—²:

La nueva mujer está en Japón, claramente allí, y allí para quedarse. *Atarashii onna* (la nueva mujer) es una frase actual acuñada para la época, como cuando se acuñó *narikin* (nuevo millonario) para designar a aquellos que astutamente aprovecharon las oportunidades de la guerra. Aunque es un producto de la época, *atarashii onna* no es un capricho ni una moda pasajera. Ella es seria, formal (Yule, 1921, p. 349).

De acuerdo con Yule, esa «nueva mujer japonesa» se abre paso entre aquellas otras que, por motivos más prosaicos, menos idealistas y «elevados» —los de la subsistencia—, se rebelaban contra los factores que marcarían el período del orden mundial del liberal-idealismo de la SDN: la inflación y el aumento de impuestos. La ciudadanía japonesa, exhausta ya desde el fin de la guerra contra el Imperio Ruso (1904-1905), daría signos de su descontento en forma de revueltas (Jansen, 2003, p. 488) contra los efectos de los ciclos bélicos y expansionistas del país. En estas revueltas, las mujeres serían actores principales, como lo fueron en los «motines del arroz» (*komesōdō*) del año 1918 (v. Tanaka, 1971; Crump, 1996, pp. 17-21). Yule, que data esa protesta un año después, en 1919, emplea el comparatismo y el marco «geosexual» y orientalista del «Japón» bifronte, heroico y guerrero en su faz masculina, gentil y galante, en la femenina (Crespín Perales, 2021, p. 12):

Si bien la nueva mujer de Japón difícilmente puede llamarse beligerante, debe recordarse que el espíritu samurái nunca prendió menos ardiente, menos feroz en el corazón femenino que en el masculino en Japón, y si las condiciones lo justifican, bueno, pues ella no necesitaría que se la instruyera desde el extranjero. En este momento, no es exactamente militante, pero está equipada para la guerra. En 1919, algunas mujeres de pescadores acosadas lideraron el primer movimiento militante estrictamente femenino en la historia de Japón cuando iniciaron casi un motín en protesta contra el alto precio del arroz. Un jadeo estremecedor recorrió a la tierra de los dioses³. La cosa era tan poco femenina, tan inaudita, que el hecho de que las mujeres actuaran como bárbaras extranjeras, ¡fue impactante! Estas aguerridas luchadoras por su derecho al sustento sin apoyar a los especuladores de alimentos no eran, de ninguna manera, *atarashii onna*. Eran simplemente mujeres del pueblo que estaban haciendo valer, de

² En el original, Yule transcribe las palabras a romaji erróneamente: «*narakin*» y «*atarashi onna*». Por otro lado, opta por este concepto, aunque en japonés se emplearon otros conceptos sinónimos como «*shin fujin*» que, como se verá más adelante, es el que aparece en el nombre de la Asociación de las Nuevas Mujeres (*Shin Fujin Kyōkai*) (ANM). Para completar esta cuestión terminológica, v. Melanowicz, 2010.

³ Otra forma de referir a Japón: la tierra de los *kami*, las deidades sintoístas.

la única manera que sabían, su derecho a la vida, sin mención alguna a la búsqueda de la felicidad (Yule, 1921, p. 349).

La cita sintetiza perfectamente la diferencia radical entre la clase social a la que pertenece la «nueva mujer japonesa», en la que Yule centra su reportaje, y las otras mujeres, las de estrato socioeconómico y educativo bajo que, sin embargo, fueron las manos que moverían el motor fabril e industrial del «nuevo Japón». Como se irá viendo, a Yule no le interesa indagar mucho más en esas «mujeres del pueblo» ajenas a la «búsqueda de la felicidad» (*pursuit of happiness*)⁴ para las que, si se permite la licencia, la felicidad consistía en poder acceder a los alimentos básicos. Las protagonistas, las «nuevas mujeres japonesas», eran, como sus correligionarias británicas o estadounidenses, parte de la élite intelectual y cultural.

Aunque la crónica se publica en 1921, el evento sobre el que Yule informa es una «convención de mujeres en Osaka en noviembre de 1919» (1921, p. 351). Es a partir de estos pocos datos, pero, sobre todo, de la identidad de las mujeres a las que menciona o cita con nombre y apellidos —la doctora en medicina Yoshioka Yayoi (1871-1959), o las intelectuales reformistas Yamada Waka (1879-1957) y Hiratsuka Raichō (1886-1971) — que la convención en cuestión se identifica con claridad. La escritora está informando de la reunión en la que se lanzaba la fundación de la Asociación de las Nuevas Mujeres (*Shin Fujin Kyōkai*) (ANM)⁵. Como recuerda la autora, esta fue auspiciada, organizativa y financieramente, por un diario, el *Asahi Shimbun*, como si fuera «una pieza de una empresa periodística» (Yule, 1921, p. 351). De este modo, se puede aventurar que Emma Sarepta Yule acude al acontecimiento en calidad de «corresponsal de género», siendo así que comparte desde detalles curiosos, como llamar la atención sobre los peinados de «estilo nuevo y antiguo» (Yule, 1921, p. 350), a transcripciones de algunas de las intervenciones de las participantes.

De esta manera, Yule va presentando a sus lectores un Japón en el que, mientras lo «moderno» se va abriendo camino, aún prevalece socialmente, según le parece a ella, lo «antiguo», en particular, el basamento de la desigualdad social entre hombres y mujeres que sitúa constantemente en las enseñanzas de raíz confuciana. En varios momentos del escrito, singulariza la significación del confucianismo mencionando el libro *Gran aprendizaje de las mujeres* (*Onna no daigaku*) (publicado en 1716) (Yule, 1921, p. 350 y p. 360), atribuido al filósofo neoconfuciano Kaibara

⁴ Es patente que Yule emplea la famosa fórmula de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América (1776): «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la *búsqueda de la felicidad*; [...]» (The U.S. National Archives and Records Administration, 2023 [1776], s/p)

⁵ En castellano se puede acceder a un texto breve de Hiratsuka en el que explica la génesis de la ANM desde una perspectiva biográfica (v. Hiratsuka, 2016 [1930]).

Ekken (1630-1714), que funcionó como código moral durante siglos. Describe el proceso como sigue:

Estos tres factores —la filosofía de Confucio, las doctrinas de Buda y el feudalismo— fueron fuertes componentes de la vida nacional; la sociedad que, durante casi tres siglos, quedó aislada de toda influencia exterior modificadora, evolucionó a través de la magistral, inteligente, y muy astuta dirección de los sogunes. Esa civilización única se reveló al mundo occidental cuando la «diplomacia hábil» («*dexterous diplomacy*») de Perry abrió las puertas de Japón (Yule, 1921, p. 352).

El alumbramiento de la «nueva mujer» se comunica esquematizado en medio de una querrela entre «lo nuevo» y «lo viejo» filosófico-religioso —confucianismo, budismo— y sociopolítico —la «feudalidad» Tokugawa—. Al leer la cita, queda la impresión de que fuera la combinación de la habilidad de los sogunes y de Estados Unidos, representado por el Comodoro Matthew C. Perry (1794-1858) y sus «barcos negros» frente a la bahía de Uraga en 1853, la que cooperara para abrir al país al «mundo occidental» y a sus sistémicamente compatibles «nuevos sujetos». Casualmente y, seguro, fuera de las intenciones de la autora, su descripción del proceso validaría la famosa frase de Marx —«La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. Ella misma es una potencia económica» (2009 [1867], p. 940) — aunque en su relato falte poner de manifiesto que la coacción, representada por los «barcos negros», fuera el significado real, no figurado, de lo que ella conceptúa como «diplomacia hábil». Seguramente conocía bien que ya en 1887 Japón había intentado, sin éxito, revisar los ampliamente conocidos «tratados desiguales» (*Ansei gokakoku Jōyaku*) (1858) firmados con Estados Unidos, Holanda, Rusia, Inglaterra y Francia. Así, todo resulta consecuente con el fondo «geoideológico»: tanto la sutil equiparación de ambos Estados, como si uno y otro, en aquel episodio, hubieran partido de una situación de igualdad, como la presentación de su país natal en tanto que responsable benévolo —y no coactivo— del «descubrimiento» al mundo de la singular civilización nipona, dando la impresión de que antes esta hubiera sido, por exótica, ignota. Por añadidura, la narración de Yule confirmaría indirectamente la tesis de que Estados Unidos abreviara la transición (Marx, 2009 [1867], p. 940) desde los estertores del período Tokugawa (1603-1868), ya palpables a inicios del siglo XIX, hacia la modernización. De hecho, hacia la conversión de Japón en una potencia hegemónica y expansionista del este asiático, al emular el capitalismo imperialista (Nak-Chung, 2015, p. 80) de la época desde antes de la Gran Guerra, con la anexión de la península coreana, primero en forma de protectorado (1905) y luego como territorio anexionado (1910).

En lo social, la crónica de Yule se dirige a convencer al lector de cuál es la fisonomía de la «nueva mujer japonesa» y el modelo que todas las mujeres del «nuevo Japón» deberían seguir: convertirse en unas socias de sus coetáneas británicas o

estadounidenses y de su modelo moral y social. Mujeres con estudios superiores, profesionales con éxito y con cierta presencia en la arena pública, pero plegadas a su «destino» femenino como madres, educadoras o cuidadoras. Es innegable que el patrón social anglosajón es el prisma a través del cual mira, y con el que compara, a esta élite cultural e intelectual y a su asociacionismo, bien a través de iniciativas como la ANM de Hiratsuka, bien a través de la implantación en el territorio de colectivos cristianos protestantes, como la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes (*Young Women's Christian Association, YWCA*).

Ideológicamente, su concepción de la «nueva mujer» rima con el liberal-nacionalismo de principios de siglo que, aunque auspicia políticas reformistas y, con ello, abre la puerta a conceder ciertos derechos a las mujeres, a su vez, lee perfectamente la posibilidad de aprovecharlos para algo superior a ellas mismas: la nación. Esta mediatización de derechos descansa en que estos no se consideran como anteriores al poder político, sino una concesión de los gobiernos. Justamente esta inversión es la que valida que puedan ser instrumentalizados. O, incluso, que si el viento de la oportunidad política cambia de dirección, simplemente se limiten o deroguen, por fundamentales que sean⁶. Así pues, desde este ideario, en la concesión de determinados derechos, como el acceso a la educación básica, la balanza se inclinaría a favor de las mujeres por un puro cálculo pragmático del rédito nacional que supone contar con mujeres —madres, educadoras y obreras— alfabetizadas. La crónica de Yule provee de múltiples ejemplos sobre esta cuestión. Ahora se verán algunos.

La mujer japonesa a la que exhorta a salir de detrás de la hermosa pantalla dorada para ser ella misma, y no una sombra tras la puerta tradicional (*shōji*) (Yule, 1921, p. 353), es una debidamente «domesticada» «nueva mujer» de la que transcribe sus palabras, pero de la que no sabemos su nombre:

Dijo una mujer, caracterizada por su profesor-esposo como «nueva mujer moderada»: «La mujer japonesa debe insistir en que se le dé un lugar socialmente igual al de su esposo. Debe ser la anfitriona en presencia de sus amigos e ir a los eventos sociales con él. Ella debe dejar de ser una sirvienta, un juguete, y ser la compañera de su marido. Esta condición solo puede lograrse mediante la educación igualitaria». Podría agregarse que esta dama acababa de regresar de su estancia por un año en el extranjero, principalmente en Europa y Estados Unidos. Ella continuó: «Ustedes, las mujeres de Inglaterra y Estados Unidos, han vivido durante tanto tiempo al lado de sus hombres en familia, y se han mezclado socialmente en igualdad de condiciones durante tanto tiempo, que apenas pueden comprender los cambios radicales que

⁶ Fuera de situaciones jurídicas de excepcionalidad, el fenómeno de la derogación de derechos tiene una larga historia que recuerda que ningún derecho fundamental, aunque se hubiera dicho de este que emana de valores sustanciales, como la libertad o la dignidad, está garantizado de manera irreversible. En la mente de todos está la reciente situación de las niñas y mujeres afganas y la prohibición de acceso a la enseñanza secundaria y superior.

tales costumbres traerían al Japón. Los cambios repentinos y de amplia difusión, la libertad abierta, comportarían el desastre; aunque con excepciones, por supuesto, ni nuestras mujeres ni nuestros hombres podrían hacer frente a la situación. Antes de que esta emancipación pueda ser completa, la fibra moral de la mujer japonesa debe fortalecerse, y esto debe comenzar en los primeros años [de vida]. De ninguna otra manera puede estar preparada para cumplir con las condiciones en las que la colocará la nueva libertad» (Yule, 1921, pp. 353-354).

El extracto concita en torno a sí muestras del empleo de la «geoideología» y del uso del doble mecanismo de tutelaje inherente también al liberal-nacionalismo. Esta mujer de la que habla está tutelada, primeramente, por su marido que, para empezar, y esa es la voz que recoge Yule para presentarnos a la anónima, nos la ubica en la que debe ser la justa gradación moral de su «modernidad»: templada, ajustada a un marco estrecho y, por ello, tolerable. Luego, aunque de manera subrepticia, su testimonio representa la inculcación de los valores que se derivan del funcionamiento de la tutela sociopolítica de los estados «civilizados» sobre aquellos en proceso de sostenerse a sí mismos y/o en camino de ceder al modelo fundamentalmente anglosajón, como se dijo al recordar el Pacto de la SDN. Yule pone en boca de la mujer ese reconocimiento tácito de un Japón todavía lastrado frente a lo que «ha visto» en Inglaterra y Estados Unidos. Probablemente, al entrar en contacto con las capas sociales minoritarias en las que se movía la «nueva mujer», o su proyectado «ideal», se produjera en nuestra «testigo» el espejismo igualitarista pues, fuera de las élites, o de las clases que funcionan como sistemas ecológicos cerrados, la realidad no era, tampoco en la Inglaterra y en los Estados Unidos de 1919, la de la «igualdad de condiciones». Las luchas feministas de inicio de siglo desmienten la crónica desde su interior y en su tiempo presente. Asimismo, es problemático que la ubicación de la mujer en la «nueva libertad» (¿cuál era la antigua?) se reduzca a una imagen de la igualdad que equivalga a ser la comparsa del hombre. Tanto si se lee el testimonio como fidedigno o como ficcional, lo que sobresale para el lector es una categorización sexo-genérica en la que la «nueva mujer» parece permutarse en acompañante pasiva dentro del círculo de amistades del hombre, y de sus actos sociales. Y, por último, la moderación es, claramente, el precepto matriz del modelo de mujer moderna que quiere defender Yule para Japón.

Llegados a este punto, es claro que la «nueva mujer» es aquella debidamente ahormada, tratable y respetuosa, incluso «consciente» de su irreductible «esencia» femenina decretada por las leyes naturales de la diferencia sexual y, claro, de la distribución del trabajo reproductivo. No es una mujer que vaya a agujerear las ventanas blancas del *shōji* (Yule, 1921, p. 354) —no es beligerante, como las mujeres de los pescadores implicadas en los motines. Es aquella otra que, según la traza la profesora, desea acceder a los estudios universitarios en condiciones de igualdad con los hombres (Yule, 1921, p. 354) y, aunque no tiene intención de acelerar el paso para conseguir el sufragio universal (Yule, 1921, p. 355), sí pide poder participar

en asociaciones y mítines políticos —algo vetado, como recuerda la escritora, de acuerdo con la Ley de Preservación de la paz (Yule, 1921, p. 356), esto es, las leyes que, desde finales del siglo XIX, habían servido para contrarrestar y apaciguar distintos movimientos sociales y políticos y que, para cuando escribe su texto, seguía prohibiendo a las mujeres participar en asociaciones políticas—. En el terreno industrial, en el que la igualdad de oportunidades (Yule, 1921, p. 357) o, dicho sin su eufemismo, la condición de proletarias, estaba «garantizada» por la razón de ser de la industrialización aneja a la modernización, las mujeres reclamaban igualdad salarial y mejora de sus condiciones laborales (Yule, 1921, pp. 357-358). Pero, fundamentalmente, el ideal de la «nueva mujer japonesa» por el que aboga nuestra corresponsal a lo largo de su reportaje se corresponde con aquella que se desempeña en las actividades que le son, según la categorización social de género, afines a su «feminidad», como la educación o los servicios sociales, de nuevo, a imagen y semejanza de las organizaciones británicas y estadounidenses que, globalmente, se empeñarían en implantar los valores de la «modernidad protestante» en Asia Oriental (v. Fischer-Tiné, Huebner, y Tyrrell, 2020). Esta «modernidad protestante» encuentra cobijo en Japón a través de proyectos sociales, en forma de cooperativas o falansterios, como los impulsados por la YWCA en tierras japonesas y, como se verá más adelante, también en China o Corea, o en las réplicas de las Casas de Asentamiento (*Hull House*) de Jane Addams (1860-1935).

Todo esto se confirma al leer de qué forma celebra Yule que los valores de la YWCA encuentren acomodo en Japón porque, sin duda, señalizan el lugar «propio» para la «nueva mujer japonesa» «ilustrada» —el trabajo social—:

La nueva mujer de Japón se está apoderando del trabajo de servicio social de una manera suficientemente vigorosa. De hecho, un hombre dice que ese trabajo es la principal actividad pública de la mujer en Japón. Es bastante cierto decir que, en gran parte, esto es el resultado de la YWCA; es una línea de esfuerzo trasplantada. Desde el edificio administrativo en Tokio (una deliciosa mezcla de decorado y mobiliario de Japón y Occidente), la organización, con sus veinte secretarías extranjeras y catorce japonesas y muchas otras ayudantes, dirige la labor de los cuatro mil quinientos miembros. Las actividades incluyen todo lo que hace una Blue Triangle⁷ en cualquier lugar, desde trabajos de rescate hasta aprender a hacer dulce de azúcar (Yule, 1921, p. 358).

Respecto al proyecto de Hiratsuka, la cronista muestra admiración por esta mujer a la que describe de un modo peculiar. Para Yule, representa el arquetipo de mujer moderna, pero, sobre todo, prudente, desligada de cualquier atisbo de irreverencia o beligerancia. La quintaesencia, por decirlo así, de la intelectual atemperada:

⁷ Nombre de las casas de acogida para mujeres que se inauguraron al finalizar la Primera Guerra Mundial en Estados Unidos.

Probablemente, la señorita Hiratsuka sea la más conocida de entre las nuevas mujeres de Japón. Tiene ideas independientes sobre algunas cuestiones de la vida que armonizarían, o, incluso, coincidirían, con algunas de las ocupaciones de los habitantes radicales de Greenwich Village, pero en general, en cuanto a las acciones y el atuendo, es normal. Ella no se ha hecho famosa por vestir batas de colores nada relajantes, hacerse cosas extrañas en su cabello, usar una toalla campesina en lugar de un *obi*⁸ o por hacer cosas que llamen la atención. Tampoco despotrica contra ningún ismo extremista. Su soltura escribiendo, su mente aguda y su verdadero trabajo le han asegurado un lugar. Las admiradoras de su mismo sexo, y son innumerables, dicen que es sincera, cándida y devotamente seria. Además de sus esfuerzos iconoclastas en favor de las mujeres de su país, está trabajando, casi sin ayuda, para iniciar en Tokio un club que en cierto modo será, si tiene éxito, una Hull House modificada para adaptarse a las necesidades de la ciudad (Yule, 1921, p. 356).

En claro contraste con la imagen del Japón conservador, imbuido por los valores «tradicionales» que la cronista no deja de resaltar a lo largo de su texto, la escritora japonesa le encaja más con la «política bohemia» (Nelson, 2012, pp. 32-33) de los miembros de «la izquierda del Greenwich Village» (Fitzpatrick, 2023 [1996], s/p), esto es, aquellos intelectuales y artistas con ideas y planteamientos radicales para la época, como la escritora anarquista Emma Goldman (1869-1940), el periodista John Reed (1887-1920) o la enfermera y activista Margaret Sanger (1879-1966), que se concentraban a principios del siglo pasado en esa área residencial de Nueva York. Retóricamente, la comparación funciona de cara al lector. No obstante esto, y a diferencia de las extravagancias de algunos de estos izquierdistas estadounidenses, Yule la acaba reconduciendo a la moderación: veleidades al margen, Hiratsuka es «normal», como ha escrito. Se ajusta a la «norma».

Es más significativa la referencia que hace a la Hull House de Addams. Como ha demostrado Imai (2012, p. 87), el movimiento de asentamiento (*settlement movement*) y, en particular, el modelo de la Hull House de la socióloga de Illinois, influenciaron fuertemente a Hiratsuka durante el tiempo en el que impulsa y lidera la ANM. Para llegar a comprender las vías de adopción y adaptación de este tipo de hogares y centros sociales en Japón, es importante situar de qué modo van conformándose estos proyectos sociales ya desde el periodo Meiji. Estos programas de trabajo social y las convicciones que los sustentan se van transfiriendo junto a la red de organizaciones cristiano-protestantes que fueron llegando a Japón tras el levantamiento, en 1873, de la prohibición del cristianismo vigente durante el tiempo Tokugawa. Katayama Sen (1859-1933), cofundador en 1922 del Partido Comunista Japonés, empezaría su singladura en los movimientos de lucha social que surgen alrededor de centros cristianos. Katayama, como otros intelectuales reformistas del período Meiji, entra en contacto con el cristianismo, incluso convirtiéndose a dicho

⁸ Faja de tela ancha que se pone sobre el kimono.

credo, tras estancias en el extranjero, por ejemplo, a través de intercambios intelectuales. Como se ha expuesto en otro lugar, durante las décadas de 1870 y 1880 se producirá el momento álgido de la llegada a New Haven y, en particular, a la Universidad de Yale, de grupos de jóvenes estudiantes chinos y japoneses, destino auspiciado por misioneros protestantes (Crespín Perales, 2023, pp. xi-xiv). Además, explica Kōsaka (1958, p. 324) que Katayama y otras significadas figuras de los primeros movimientos socialistas en Japón, como Kōtoku Shūsui (1871-1911), tuvieron como punto de encuentro la que fuera una de las sedes de la Iglesia Unitaria, rama del cristianismo protestante, en Tokio. Katayama sería responsable de impulsar una de las primeras casas de asentamiento, la Kingsley Hall (*Kingusurē-kan*), en la ciudad japonesa, inspirándose en los ejemplos que había visto en Inglaterra, y con la idea de ofrecer a los más necesitados servicios educativos y de cuidado de menores (Imai, 2012, p. 92). Por lo tanto, el crecimiento de distintos proyectos de casas de asentamiento en Japón que, sobre todo, se sitúa en el periodo de entreguerras (1918-1930) (Imai, 2012, p. 93), y la inspiración que encuentra Hiratsuka en las Hull House de Addams, se deben contextualizar en un tiempo en el que, como se dijo, las desigualdades socioeconómicas se están agudizando a raíz del agotamiento y las secuelas de posguerra. En definitiva, pues, la ANM de Hiratsuka contenía, como uno de sus programas clave, la apertura de una institución parecida a la de Addams que le llamó la atención al leer la obra de la estadounidense *Veinte años en Hull House* (*Twenty Years at Hull House*) (1910) (Imai, 2012, p. 96)⁹. La antes mencionada Yamada Waka, miembro destacado de la ANM, superviviente de trata y prostitución en Estados Unidos, y refugiada en la casa de acogida de San Francisco, Cameron House, de la iglesia presbiteriana y, como Katayama, convertida al cristianismo (Imai, 2012, p. 98), recordaría que «Cuando una observa las actividades [de la ANM], es claro que la Hull House de Chicago fue su influencia primaria. Estoy segura de que la señorita Raichō [Hiratsuka] tomó prestadas muchas de sus ideas de la Hull House» (Yamada en Imai, 2012, pp. 96-97). La cuestión, pues, consistía en implantar en Japón este tipo de casas de asentamiento para ponerlas al servicio de las obreras, en particular, las del sector textil, más castigadas por unas condiciones de trabajo pésimas y coartadas de su acceso a la instrucción y, por ello, según Hiratsuka, sin conciencia de sí mismas (Imai, 2012, p. 98). Este intento de trasplante de esta tipología de proyectos de ayuda social originados en Inglaterra y Estados Unidos vuelve a poner de relieve cuán importante es conocer los canales de intercambio y recorrer las huellas de los caminos de la migración de personas y de ideas para entender ciertos fenómenos. Estos fenómenos pueden quedar encapsulados en un concepto, como el de «nueva mujer», pero su sustanciación sociopolítica va mucho más allá de una mera denominación y tiene que ver aquí con el alcance de estas redes transnacio-

⁹ Hay traducción al castellano (v. Addams, 2014 [1910]).

nales conectadas con el cristianismo protestante y con su voluntad por arraigarse en tierras del este asiático.

Llegados a este punto, y para clausurar este apartado, decir que Yule dedica las últimas páginas de su crónica a mostrar a sus lectores las formas externas —vestimenta, peinados, bailes, deportes (1921, pp. 358-360)— que sirven para identificar a esa «nueva mujer» y lo cierra poniendo en circulación otro juicio de impronta orientalista que hoy sigue siendo un lugar común. A saber, que Japón es la quintaesencia del equilibrio entre «tradición» y «modernidad» o, dicho de otro modo, de una convivencia sustentada en la yuxtaposición de dos órdenes conductuales, uno «japonés» y otro «occidental» (Löwith, 1998 [1940], pp. 119-120): «El hombre japonés, siempre celoso de la reputación cortés de su raza (*race*), tiene dos códigos de etiqueta, uno para su país, otro, para el extranjero, y, en cierta medida, dos suplementos para estos, uno para las mujeres extranjeras y otro para las japonesas» (Yule, 1921, p. 360).

Llámesese a esto, sincretismo, yuxtaposición cultural o, incluso, doblez moral, es curioso que ese mismo patrón dual se resalte en presentaciones actuales de Hiratsuka. Así, como recoge Delap (2021, pp. 105-106), ella disponía el espacio de su casa separando «culturalmente» sus habitaciones: una, en la que, al estilo «occidental», tenía su mesa y sus libros, otra, con incienso y esteras, a la manera «japonesa», en la que meditaba.

En conclusión, la «nueva mujer japonesa» retratada por Yule aparece como la ocupante de ese lugar intermedio entre dos mundos —sociales y simbólicos—. Precisamente por ello, a Yule le parece que puede desempeñar un papel de vanguardia como figura transmisora de la «nueva diplomacia» de la que se hablaba, dice la profesora, en un pasado no lejano (Yule, 1921, p. 361)¹⁰. Esto es, en la SDN que, en 1919, justo cuando se produce el evento de presentación de la ANM, trataba de poner en circulación una hipotética «nueva» diplomacia, sobre el papel, más receptiva y democrática (Auberer, 2014, p. 78) y, tal como recogía el artículo 7 de su Pacto, en principio favorable a que los puestos de responsabilidad en su sede estuvieran «abiertos por igual a hombres y mujeres» (Société des Nations, 1920, p. 5).

3. LAS SIN NOMBRE: LA «SEÑORITA CHINA» ENTRE MURALLAS

Un año después de la publicación de la crónica dedicada a la «nueva mujer japonesa», y también en *Scribner's Magazine*, los lectores estadounidenses podían

¹⁰ Dado el objeto acotado de este trabajo, no es posible introducir mayor detalle respecto de otras organizaciones feministas en Japón, más allá de la ANM en la que se fija Yule, así como comentar las posturas teóricas y prácticas de otras intelectuales japonesas que mostrarían las fricciones en el ambiente del liberal-idealismo de la época tras el Tratado de Versalles. Para completar esta cuestión, v. Germer (2013).

leer la siguiente entrega de este tríptico, «Señorita China» (1922), en el que Yule relata cómo ve la fisonomía de la «nueva mujer china».

La profesora, muy prolija en recursos literarios y metafóricos orientalistas, como se ha visto con su manejo de la imagen de las puertas correderas, *shōji*, de las antiguas casas japonesas, y el papel *washi* traslúcido, sus sombras humanas o sus roturas, juega esta vez con las «murallas». Las murallas, los muros o las paredes son el centro de su tópica. Así pues, antes de presentarnos a la protagonista de la historia, precintada en dos marcadores problemáticos, su anonimia y su singularidad genérica («la señorita»), la dibuja habitando un país con una espacialidad amurallada, material y figuradamente:

Las murallas rodean a las ciudades de China; las murallas rodean a las viviendas que están dentro de la ciudad; en el país, hay murallas alrededor de los pueblos, incluso las granjas están encerradas en una especie de muralla. Gira donde quieras, mira donde quieras, encontrarás una muralla sombría. Para alguien acostumbrado a lugares abiertos, con perspectivas amplias, las murallas son deprimentes, represoras, exasperantes. Una se siente muy excluida y apenada por el encierro (Yule, 1922, p. 66).

Si la «nueva mujer japonesa» era aquella que debía salir de detrás de la puerta, aunque sin romper la lámina trasluciente, la «Señorita China», escribe, deberá salir de entre los muros: «La Señorita China, la nueva joven en este país viejo entre los más viejos, se abre paso, como las malvarrosas, por encima de las paredes que la han encerrado tanto tiempo, diciéndole al mundo exterior un alegre y esperanzado “¡Hola!”» (Yule, 1922, p. 66).

Nuestra corresponsal sitúa a sus lectores en un marco normativo en el que se replican, aunque con matices significativos en comparación con las mujeres japonesas, los binomios confrontados: lo viejo, claustral y represor, frente a lo joven, abierto y esperanzado. Si en el caso japonés aparecían en escena los equilibrios entre la tradición y la modernidad, así como la yuxtaposición entre lo «japonés» y lo «occidental», dándose por válidos diferentes esencialismos culturalistas, otro tanto sucede con la presentación del marco social y político chino atravesada por una orientación «geoideológica» aún más robusta.

Yule presenta China como un país atrasado, mermado por lo obsoleto, con una decrepitud viciada por el encierro. Es un país fortificado, replegado sobre sí:

Pobre suelo, pobre semilla, la escarcha pellizca la parte posterior del botón de las flores y su tallo joven que se enfrenta siempre a los ancianos que miran perpetuamente hacia la sabiduría pavimentada de pasado. Esta también mantiene a muchos tan atrofiados como para llegar a poder subir a cierta altura [por encima de los muros], pero los pocos que lo consiguen obtienen una vista alentadora, tan buena como para

ver entre esa gente acorralada por la costumbre (*custom corralled people*), igual que las malvarrosas detrás de lúgubres paredes (Yule, 1922, p. 66).

El tono literario es, sin duda, acentuadamente diferente comparado con el empleado en la crónica dedicada a las mujeres japonesas, puesto que, desde su mismo inicio, Yule apela a emociones cargadas de conmiseración. Atender a los mecanismos retóricos y a la metáfora de las sociedades abiertas y cerradas, despejadas o cercadas, es indispensable porque, como se seguirá comprobando, la escritora quiere convencer al lector de la solidez de las atribuciones sexo-genéricas y políticas que asigna a «China». En la lógica binomial que va desplegándose, las alegorías que maneja son, todas ellas, parte de los lugares comunes que se reproducen en los procesos de lo que Pattberg (2009, p. 185) denomina la metáfora de la cultura como un ser vivo y que, partiendo de la tríada decimonónica socialdarwinista —civilizados, bárbaros y salvajes—, clasifica y pone en una escala de maduración a las sociedades. «China» es hipostasiada, una encarnación de la ruina antimoderna y, por consiguiente, del atraso y del espíritu barbárico que, en las páginas de Yule, funciona al unísono como mapamundi socio-evolutivo y «geosexual». Lógicamente, el orientalismo siempre acompaña a la escala triádica y a una remisión constante a la capacitación o incapacitación de un pueblo para ilustrarse, para «humanizarse» (Powell, 1888, pp. 97-98)¹¹.

Teniendo en cuenta esta escalera de evolución social, se entiende mejor el lugar en el que, de nuevo, Yule sitúa a esa «nueva mujer» emparedada en un interregno entre la, presuntamente, moribunda China del pasado, y la nueva China por aparecer en una fecha, otra vez, clave: 1919. En China, como sucediera también en su vecino Japón, ese año va ligado a una decepción nacional que conflagraría. En este caso, la que se derivara de la cesión alemana a Japón de sus concesiones en la provincia de Shandong rubricada en los artículos 156, 157 y 158 del Tratado de Versalles (1919, pp. 86-87). La conflagración es el hoy conocido como el «Movimiento de 4 de Mayo», esto es, el movimiento social e intelectual que se deriva de las manifestaciones en Pekín de miles de estudiantes en protesta por la pasividad del gobierno chino al consentir a la cesión territorial que no se recuperaría hasta la conferencia de Washington de 1921-1922. Así las cosas, la «Señorita China» «debuta», en palabras de Yule (1922, p. 68), en ese «gigantesco movimiento estudiantil» y junto al crecimiento de la conciencia nacional y del sentimiento antijaponés. La escritora remarca el, sin duda, papel central que tuvieron muchas de esas «Señorita(s) China(s)» en el movimiento estudiantil, y en las protestas y las huelgas que se su-

¹¹ La enunciación del etnólogo John Wesley Powell (1834-1902) es paradigmática de este tipo de discursos que reposan en la «segregación» de la «raza humana» y en las etapas de adquisición gradual de las «humanidades» —invención de las artes, instituciones, lenguas, opiniones y evolución de la razón (Powell, 1888, pp. 97-98).

cedieron. Sin embargo, y de manera significativa para el propósito que aquí se persigue, los hechos y, sobre todo, la posición ideológica desde la cual Yule quiere presentar a las jóvenes es la de la moderación política entre la caterva y su caos:

En febrero de 1920, un año después de la primera expresión pública de los estudiantes, la Señorita China demostró que ella podía formarse su propia opinión y mantenerla bien formada bajo fuerte presión. La organización estudiantil, que cuenta con algunos millones de miembros, decidió ir a la huelga como protesta contra las negociaciones de China con Japón sobre Shandong. Las jóvenes no aprobaron esto, pero, siendo minoría, no pudieron impedirlo, aunque en Pekín, Nanjing y en otros centros menores decidieron que no participarían de ninguna manera. «Este era un asunto en el que está implicada la diplomacia extranjera, y sus ramificaciones son demasiadas para que los ciudadanos, jóvenes o viejos, proclamen un ultimátum» dijo una joven estudiante de pie. «Estábamos dispuestas a hacer una petición y a expresar nuestra postura, pero no queremos ir tan lejos. La huelga —continuó— es un arma, pero para ser efectiva no se puede usar demasiado a menudo y solamente para estimular y mover la opinión pública. Si se usa frecuentemente, el huelguista se vuelve como un niño terco que rueda por el suelo y grita cuando no le dan lo que quiere». Los muchachos engatusados la abuchearon como solamente la juventud puede hacerlo para sus propios fines, pero las chicas permanecieron inamovibles. Más tarde se hubo de admitir que el juicio de ellas había sido mejor, más equilibrado. Hay una audacia galante que hace que la imaginación se encienda y agite la sangre combativa en el mano a mano entre la Señorita China y su hermano para poner orden en China, para formar el cosmos desde el caos. ¡Tal es el desorden masivo de este país! (Yule, 1922, p. 69).

Esa desconocida que así se expresa y que, a parecer de Yule, también exhorta el objetivo que persiguen el resto de las jóvenes, distanciado de la beligerancia masculina, aunque «galantemente audaz», está hablando, igual que sucedía en el caso japonés, por la boca de jóvenes atraídas y, quizás, encandiladas por lo visto y oído en sus viajes y estancias en Estados Unidos, donde nuevamente nos sitúa a otra interviniente (Yule, 1922, p. 69). Según expone la profesora, estas jóvenes, convencidas de la inanidad de la lucha combativa, defienden la educación occidental como vehículo de ideas ponderadas y alejadas de vindicaciones tumultuosas: «Obviamente —escribe Yule—, la historia de la nueva mujer en China es, en gran parte, la historia de la educación, de la nueva educación de occidente» (Yule, 1922, p. 70). Es la educación «estadounidense», pues no otra cosa esconde su falso universal «occidente», y sus valores —«autoconocimiento», la «adaptación» personal (*self-adjustment*) (Yule, 1922, p. 70)—, los que abanderan el nacimiento de la «nueva mujer» encarnada, otra vez, en la voz de una retornada «con un diploma de un instituto americano» (Yule, 1922, p. 70).

Así, la infiltración cultural y «geoideológica» estadounidense se beneficia del avivamiento, o «revivalismo», protestante, es decir, de la extensión de los

movimientos de despertar religioso que, como en el caso que ocupa, llevaron la prédica fuera de las fronteras británicas y estadounidenses. Tuvieron una importancia crucial en el contexto que se erige a mediados del siglo XIX en el que el choque geopolítico y la competición por las materias primas y los mercados era candente:

Mientras que los pueblos no-occidentales se sintieron obligados a modificar su forma tradicional de vida en aras de preservar la mayor autonomía posible, Occidente trató de llegar a un acuerdo con sus deberes hacia aquellas sociedades que veía como más débiles que él mismo. Convencidos, en su chovinismo cultural, de que Dios quería que compartieran su compromiso religioso con el progreso social con el resto del mundo, los protestantes [norte]americanos y británicos enfatizaron cada vez con más fuerza a Asia y África como esferas para la misión social cristiana a lo largo del siglo XIX y en el XX (Drucker, 1979, pp. 424-425).

La irrigación en China de sedes de la YWCA y del apoyo financiero de fundaciones como la Rockefeller,¹² a la que refiere Yule (1922, pp. 71-72) y que avalaría económicamente proyectos educativos, como el colegio universitario Union Medical College, en Pekín, funcionaban como agentes de penetración cultural y como muestra de una superioridad moral embadurnada con los buenos deseos «civilizatorios» y «progresistas». De acuerdo con Sasaki (2009, s/p), en los proyectos que lideraron las mujeres estadounidenses, estas supieron apropiarse de la lógica de los discursos civilizatorios que descansaban, obviamente, en el éxito de los discursos socialdarwinistas, y también en disponerse a «construir una nueva posición subjetiva y, por lo tanto, establecerse como agentes emancipadores del progreso en la era moderna».

Evidentemente, estas mujeres estadounidenses, impulsoras o líderes de asociaciones como la YWCA, forman parte de este espíritu evangelizador y tutelante y su óptica depende de muchos prejuicios, desconocimientos y presupuestos sobre la realidad de China, sus debates políticos, filosóficos o sus vindicaciones feministas, que ni eran nuevos en el territorio, ni estaban a la espera de una redención misionera. Tanto en las acciones de los gobiernos, como en estas organizaciones, reluce el afán por llevar más allá de su país la «nueva frontera americana» (Sasaki, 2009, s/p), algo que, según Theodore Roosevelt (1858-1919), consistía en trasladar a «Oriente» los ideales de «Occidente» (Roosevelt en Sasaki, 2009, s/p) para expandir su influencia en China, así como intentar penetrar en la «última ciudadela que aún se resiste a Cristo» (Sasaki, 2009, s/p). Por consiguiente, es lógico que estas mujeres

¹² La Fundación Rockefeller fue impulsada por el magnate petrolero John Davison Rockefeller (1839-1937) y está en funcionamiento desde 1913. Como se puede ver en la cronología en la que repasa los hitos más significativos de su historia, la fundación sitúa la inauguración del colegio universitario en 1917 (v. Rockefeller Foundation, 2023, s/p).

se arrogaran para sí hablar en nombre de sus «otras» y convertirse en hacedoras de «nuevas mujeres» a su imagen y semejanza.

Al igual que al mirar hacia Japón, se verifica también en esta ocasión que la crónica de Yule se decante hacia la sugestión moral e ideológica y, en menor medida, hacia la neutra información. La autora fija su comprensión de la «realidad» de las jóvenes chinas a su alteridad prescrita. Esta ajenidad es la condición necesaria del proyecto salvífico, civilizatorio, de las acciones de organismos protestantes como la YWCA que representan una rama de lo que se conoce como «feminismo maternalista». Este priorizará, esencialmente, el cuerpo sexuado de la mujer y la función reproductiva, la maternidad y su división del trabajo resultante (Offen, 2015, p. 337), para, al final, confinar a esas mujeres en el marco estrecho de los cuidados maternos o el trabajo social, a pesar del barniz de novedad y progresismo con el que se las recubre, o, quizás, gracias a ese barniz.

Los proyectos educativos son la vía de penetración obvia de este ideario. En este sentido, y avanzada la crónica, Yule (1922, p. 70) sostiene la necesidad de promover, según ella, el «novedoso» acceso a la educación de las niñas. Esta cuestión de la «novedad» es más que discutible y ejemplifica el prejuicio y los presupuestos con los que la autora mira hacia China.

Desde finales del siglo XIX, la escolarización de las niñas chinas se implementaba paulatinamente, pero, para cuando Yule publica su texto, 1922, gracias a la Orden de la Educación Nacional (1915), China ya ha implantado la coeducación en primaria y secundaria y, en 1919, se sabe que centros universitarios prestigiosos, como la Universidad de Pekín habían dado el paso para admitir a mujeres en sus clases (Liu y Carpenter, 2005, pp. 278-279). Comparativamente, la realidad coeducativa en Estados Unidos no era tan diferente. Teniendo en cuenta que China y Estados Unidos cuentan con áreas de terreno comparables, algo que se traduce en divergencias casi inevitables entre provincias o estados, la efectividad de la escolarización y de la implantación de instituciones educativas mixtas no era homogénea en ninguno de los dos casos. En Estados Unidos, los estados occidentales optaron en mayor medida por la coeducación por motivos de ahorro, a diferencia de los situados en el lado oriental (Madigan, 2009, p. 12). Asimismo, es hacia finales del siglo XIX que algunas universidades estatales, como explica Madigan, permitieron que las mujeres se inscribieran en sus titulaciones (2009, p. 12). Ahora bien, la coeducación estadounidense no equivalía a educación igualitaria. En 1918, al reorganizarse la educación secundaria, el gobierno introdujo un sistema de dos itinerarios: uno, dirigido a los estudiantes varones para prepararlos para su acceso a la universidad, el otro, el de la formación profesional (*vocational training*) pensado para las «niñas blancas, negras y de otras minorías» y su canalización hacia opciones formativas y ocupacionales «feminizadas», como secretarías, enfermeras, profesoras o puericultoras (Madigan, 2009, p. 12). A esta escisión educativa hay que sumarle los efectos de la segregación racial inherente a la política educativa estadounidense vigente hasta los años 1950.

En definitiva, se puede afirmar que el proyecto educativo «occidental» que estos grupos y asociaciones querían trasplantar en territorio chino era el que se deriva de la incursión «revivalista» protestante de organismos como el YWCA y su entramado de «escuelas misioneras» (Yule, 1922, p. 71) y «clubes de mujeres» (*Woman's Club*) (Yule, 1922, p. 73) con campañas como la del «mejor bebé» dirigida a premiar a aquellas mujeres que se mostraran más hábiles en el cuidado infantil (Yule, 1922, p. 74); la difusión de los postulados del movimiento de templanza que, en Estados Unidos, justo en 1919, había ganado una batalla con la conocida como «Ley Seca» y que, en China, según recoge la redactora, además de la del alcohol, debía amparar la prohibición del consumo de opio y del juego (Yule, 1922, p. 74); la inculcación de la idea de «nuevo hogar» (*new home*), en el que «el marido y la mujer entretienen juntos a sus amigos», que se opondría al presunto «antiguo» sistema segregador de espacios y de recreos (Yule, 1922, p. 76) o la del «matrimonio por amor» que, llamado a erradicar la «compra» de esposas, redefiniría los términos de la unión entre el hombre y la mujer, permitiéndose que ellas eligieran a sus maridos. Según Yule, esto último empezaba a ocupar las páginas de las revistas femeninas chinas en las que se exponían los atributos del «marido ideal» —por su apariencia, conocimiento, edad, ocupación, propiedad o red de relaciones (Yule, 1922, p. 77).

Por último, pero no menos relevante, Yule subraya también en este segundo reportaje que la «nueva mujer china» no estaría imperiosamente preocupada por el sufragio que, no obstante, llegaría siguiéndose la escala gradual y superándose los otros estadios de «progreso» según el modelo democrático, claro, estadounidense. Esto lo transmite nuestra corresponsal por boca de la esposa del representante estadounidense del Consorcio Chino del Club de la Mujer Americana en Shanghái, Sra. H. C. Mei¹³ (Yule, 1922, p. 78): «El feminismo triunfante en América se espera que vea su reflejo en China en un día no muy lejano. No es exagerado decir que las mujeres chinas miran hacia los ideales feministas y hacia la inspiración que llega de América, la patria de la libertad, la igualdad y la bondad general para la mujer».

¹³ Con seguridad, la escritora se refiere a Hua-Chuen Mei (1891-1958), también conocida como Anna Fo-Jin Kong, quien ocupara diversos puestos de relevancia en la YWCA, entre otros, vicepresidenta honoraria de su división para el lejano oriente hasta 1924, además de presidenta del club de mujeres, como explica Yule. Es de las pocas mujeres que cita con nombre y apellidos, algo que, además, es evidente por diversos motivos, no solamente los que conectan a Yule con las organizaciones de la YWCA, sino porque, nacida en Hong Kong y formada en territorios ocupados o anexionados por EE. UU., como Honolulu (Hawái), es el perfil «diplomático» transnacional idóneo para ser la correa transmisora del ideario que sustenta el modelo de la «nueva mujer china». Curiosamente, aparece también mencionada en una nota de prensa, recuperada por el *Jane Addams Project*, como una de las personas que recibieron a Jane Addams en su viaje por Shanghái de mayo de 1923 (Jane Addams Project, 2015, s/p). Para algún detalle adicional sobre la biografía de Hua-Chuen Mei, v. Prabook (2023, s/p).

Esta última frase sirve para identificar a la «geoideología» estadounidense en acción que, además, y como colofón a su texto, Yule sitúa en el vehículo radical de transmisión de las ideas —la lengua inglesa—:

Inteligencia, coraje, paciencia, fidelidad. La Señorita China ha heredado siglos de madres amuralladas; el legado de la refinada cultura china es suyo a través de su propio idioma; para muchas, la riqueza de la cultura moderna occidental se abre a través del inglés. Así equipada, la nueva mujer china deberá pisotear la tradición, se quitará las anteojeras de la superstición y creará una nueva era para las mujeres chinas. Porque, ¿acaso no ha venido ella a este reino para hacer una obra como esta? (Yule, 1922, p. 79).

4. LAS «NUEVAS» Y «JÓVENES» REBELDES COREANAS EN UN PAÍS «SOÑOLIENTO»

Entrando ya en la última hoja de este tríptico, es momento de atender a la crónica que Emma Sarepta Yule dedica a las mujeres de la península coreana en su período colonial, «Las jóvenes rebeldes de Corea» (1923), que, a diferencia de los dos previos publicados en *Scribner's Magazine*, aparecería en la revista *Current History*, como se apuntó, dedicada a abordar asuntos de política internacional. Este dato no es menor, pues el artículo, mucho más breve que los anteriores, se enmarca en lo que Tikhonov (2020, p. 150) conceptúa como las experiencias de la Corea colonial en el interior de la «oleada roja» (*Red Wave*) mundial (1919-1923) que deflagra con las acciones de resistencia y lucha por la independencia del dominio colonial japonés conocido hoy en día como «movimiento del primero de marzo de 1919» y conmemorado anualmente en Corea del Sur.

Así las cosas, Yule, que firmaba como directora del departamento de inglés en el Instituto de Agricultura de la Universidad de Filipinas, sitúa, e identifica, a estas «nuevas» jóvenes coreanas como parte activa del movimiento en pro de la independencia, además de como esquejes de la aún por nacer «nueva Corea» (Yule, 1923, p. 1017). Asimismo, presenta el levantamiento en defensa de la independencia coreana como el estímulo que había sido capaz de despertar a un pueblo con el sobrenombre de «reino ermitaño» por el cierre de sus fronteras en el siglo XIX. El país, que perfila en las primeras líneas como aquel vencido por el estancamiento y el narcótico de la apatía, había sido presa fácil para las pretensiones expansionistas de Japón que, al reforzar su presión sobre la población, había conseguido poner «en acción a los coreanos que habían estado adormecidos durante mucho tiempo» (Yule, 1923, p. 1017). De manera análoga a las «malvarrosas chinas» que alzaban su voz propia entre los estudiantes varones del «Movimiento de 4 de Mayo», la profesora personifica a las «nuevas jóvenes» coreanas como las «Juana de Arco» (*Maid of Orleans*) de las marchas a favor de la independencia, gritando, como sus

camaradas, «¡Manse!» (¡Viva Corea!), y recibiendo, así, su «bautizo de fuego» (Yule, 1923, p. 1017).

Sin mayores y sustanciales menciones al asunto político de fondo, pero habiéndolo contextualizado para exponer seguidamente la que ella considera que «debería ser» la «nueva mujer» coreana nacida en medio de la revuelta, el perfil de las jóvenes que Yule quiere resaltar es, como en las anteriores ocasiones, el de aquellas que formaban parte de la constelación conectada con el protestantismo, aquí el transmitido en las escuelas misioneras para jóvenes. Por ejemplo, la escuela misionera Ewha Hakdang (Yule, 1923, p. 1019), cuyo primer centro fue fundado por la misionera de la Iglesia Metodista Episcopal Mary Fletcher Benton Scranton (1832-1909) en el año 1886 en Seúl (v. Kwon, 2018). De hecho, y de modo todavía más explícito que al retratar a las «nuevas mujeres chinas», Yule (1923, p. 1018) afirma con rotundidad que ellas son «el fruto de la enseñanza occidental». A su juicio, pues, «occidente» les ha transmitido el verdadero «lugar» y el «destino» de las mujeres como madres y esposas. Esgrime, por lo tanto, que «el despertar de las jóvenes de Corea del letargo que ha durado generaciones se debe, en gran parte, a las escuelas misioneras, en cierta medida, a las primeras misiones católicas francesas que, a través de la reverencia que sostiene a la madre de Cristo, ofrecieron un atisbo de una nueva concepción del lugar de la mujer» (Yule, 1923, p. 1018). A su parecer, pues, las ideas «vitales» que llevaron los misioneros a «Oriente» (Yule, 1923, p. 1018) tenían como efecto que las mujeres pudieran desprenderse de lo que se puede interpretar como el máximo de subyugación —a los maridos y a la familia política— de acuerdo con la educación en los principios y valores de la sociedad coreana para, como se puede deducir de ahí, acatar apenas una sumisión menor, que no ausente, siguiendo los preceptos cristianos. Esto se evidencia cuando explica que, si para las mujeres coreanas es beneficioso casarse con un cristiano que será más «considerado», un coreano que se case con una mujer cristiana encontrará que esta es menos «obediente para con su marido» en comparación con el «viejo patrón» social coreano (Yule, 1923, pp. 1018-1019). Poco se puede añadir, y menos aún comentar, de tal juicio de valor sociológico y anecdótico, si bien confirma nuevamente el patrón redentor venido de la mano de las misiones. No hay en esta reflexión substancia, y sí mucho de una mera impresión orientada, como en los otros casos, a convencer de lo benéfico de la conversión de las jóvenes.

Ahora bien, sí que es significativo el mecanismo que emplea la cronista para desvelar por qué medios se va filtrando esta conversión religiosa de las jóvenes hacia la emancipación «limitada» de la mujer según el credo cristiano. El vehículo todavía se utiliza hoy en día para ese fin: es la adaptación teatral del Libro de Ester. El libro forma parte del Tanaj judío, por tanto, del canon de libros sagrados del judaísmo, y del Antiguo Testamento cristiano (Walker Vadillo, 2011, p. 20), y ayudaba a transmitir, como idea fuerza, a una Ester «libertadora»: del pueblo judío liberado de los persas o, para los holandeses, como trasunto político de su deseo de

desatarse del dominio español (Walker Vadillo, 2011, p. 22). Situando, pues, el Libro de Ester o, en la versión teatral a la que refiere Yule (1923, p. 1019), «Reina Ester», la simbología es extremadamente fácil de entender. Así, las jóvenes coreanas que representan la pieza en la escuela misionera hacen suyo el mensaje de la reina. En ellas es su súplica «por su propia raza, por su propia tierra» (Yule, 1923, p. 1019) y, como añade posteriormente, por la liberación del yugo del reino del sopor y la cetración en el que los hombres «la(s) designa(n) como una “cosa” (*thing*) —“esa cosa” si ella está presente» (Yule, 1923, p. 1020) —.

Frente a la lucha por la independencia, que no sería, pues, el destino «natural» de las jóvenes, su rebeldía no sería otra que la de la causa de la plegaria y del doblegarse al credo extranjero. Este, que embebe la educación que defiende constantemente Yule como sendero hacia la «nueva mujer», ofrece el, sí, nuevo, aunque claustral, destino: el espacio interior —el despertar de la individualidad, la aserción personal— y el horizonte último hacia la «nueva, indiscutible y espiritual Corea» (Yule, 1923, p. 1020). Dicho de otro modo, la transmisión del idealismo subjetivista protestante liderado por estas educadoras y sus transmisoras quienes, como nuestra cronista, se veían ungidas con el poder moral de construir a las jóvenes coreanas para emanciparlas encauzadas en un modelo heterónimo.

5. NOTA FINAL: EL «GÉNERO» DE LA «CRÓNICA»

El estudio realizado sobre las crónicas que Emma Sarepta Yule dedicara a las mujeres del este asiático confirma, primero, la necesidad académica de seguir indagando históricamente en el marco cultural e ideológico que es consustancial a estas producciones escritas y, en especial, al «género» —literario o categórico social— al que pertenecen las «crónicas periodísticas». En segundo lugar, de la interpretación deductiva emprendida se pueden extraer una serie de consecuencias útiles para proyectos futuros similares, que, como el caso de estudio espera haber demostrado, no son exclusivamente pertinentes para la historiografía feminista, sino para el estudio de las ideologías y de su transmisión, y para la sociología del conocimiento. Así, desvelar el fondo ideológico de las crónicas que acompaña a su «culturalismo» ayuda a cuestionar los modos en los que operan los elementos «geoideológicos» y «geosexuales», inseparables del contexto histórico-político desde el que se escriben. Los reportajes de Yule sobre las «nuevas mujeres» japonesas, chinas y coreanas se publican en un periodo temporal crucial: en pleno fervor wilsoniano con la aventura de la SDN y el intento de construcción de una «nueva» sociedad internacional que necesitaba de «nuevos» sujetos acordes a esa ideación. La mirada que Yule posa sobre las mujeres japonesas, chinas o coreanas no se entiende lo suficiente si no se ve en ella esa impronta liberal-idealista que, por otro lado, siempre se acompañará del espíritu que palpita en el avivamiento protestante que trataría de

infiltrarse en Asia implantando su red de asociaciones, escuelas y proyectos sociales. Yule ejerce como cronista y corresponsal de género, pero, a su vez, como agente externo difusor de un modelo de la emancipación de las mujeres de Asia Oriental paternalista. Este es consecuencia lógica del ambiente del tiempo de posguerra y del mundo de la SDN que no era sino un «mundo de imperios coloniales» (Clavero, 2020, s/p), fueran los realmente existentes —como los imperios británico y francés— o los que ambicionaban serlo. Lo que el Pacto de la SDN proveía, según se vio, para los estados «civilizados», llamados a cumplir en el mundo «la misión sagrada de civilización», se puede observar en la red de asociaciones y escuelas misioneras y, claro, en la transmisión comunicativa que realizaran aquellas pioneras de las corresponsalías de género, como Yule. El aire, especialmente mesiánico en los textos dedicados a las mujeres de China y Corea, es connatural también a la ideología estadounidense del «destino manifiesto» o del derecho de Estados Unidos a ejercer su intervencionismo policial, según el Corolario de Theodore Roosevelt (1904), o social y moral, según la escala de nuestra autora. Por consiguiente, el corpus analizado trasluce de qué modo opera el «género» como variable en las relaciones sociales y de poder que se amalgama con los elementos «geoideológicos» y «geosexuales» identificados que se benefician de los medios de comunicación, aquí, de la prensa escrita de la época.

El rol significativo de la prensa en este asunto manifiesta, además, algunos problemas epistémicos insoslayables que acompañan al marco ideológico y culturalista. Dentro de la periodística se dice que la crónica es «un estilo situado a medio camino entre la noticia, la opinión y el reportaje» (*El País*, 1996, p. 29). La producción textual seriada de la estadounidense confirma este carácter híbrido que combina, con irregular peso, informaciones («elementos noticiosos») y opiniones o interpretaciones («análisis») (*El País*, 1996, p. 29). Así las cosas, incluso suponiendo que la Yule periodista tuviera claras las fronteras entre lo que verbaliza ciñéndose a «dar información» (cómo *son* las cosas) y lo que es fruto de su opinión (cómo *ve* aquellas cosas, según sus creencias), no se puede suponer lo mismo respecto al lector de la crónica, pues este no dispone de «autoridad» en su doble sentido —como autor/a y como persona legitimada—. Por lo tanto, es imposible suponer y, más todavía, comprobar, que el lector identificara netamente qué proposiciones estaban escritas con la intención de operar como meramente informativas y cuáles descansaban en las creencias de la cronista. Y es innegable que el principio epistémico de credulidad informativa, su presunción de veracidad, se traslada a las crónicas, por híbridas que estas sean, y se refuerza aún más cuando el relato retrata lugares y sociedades lejanas. Por lo tanto, ante estas crónicas de hace un siglo, y como interrogante abierto para mirar a las actuales, se constata que la credulidad frente a los «hechos» —como los históricos que sirven de fondo en la escena— y frente a los «juicios» y percepciones «valorativas» se benefician del principio de la distancia, no necesariamente geográfica, y sí sociocultural o moral: a mayor distancia o «desidentificación» con

ciertos lugares, sociedades o personas, mayor predisposición a asentir y dar conformidad, creer, lo contenido en la crónica de la correspondencia.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Addams, J. ([1910] 2014). *Veinte años en Hull House*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Auberer, B. (2014). «The Ultimate Backroom-Boy»: The Border-Crossing Career of Joseph Vivian Wilson in the League of Nations Secretariat. En M. Herren, I. Löhr (eds.), *Lives Beyond Borders: A Social History, 1880–1950* (pp. 76-99). Leipzig: Leipziger Universitätsverlag.
- Clavero, B. (2020, 9 de febrero). España en la Sociedad de Naciones, 1920-1939. *Conversación sobre la historia*. <https://conversacionsobrehistoria.info/2020/02/09/espana-en-la-sociedad-de-naciones-1920-1939/>
- Crespín Perales, M. (2019). Cuestionando la geosexualidad y la representación cultural del otro. Una experiencia educativa con estudiantes junior y sénior. En M. I., Méndez Lloret, M. A. Granada, N. S. Miras, y S. Turró (eds.), *Actas III Congreso Internacional sobre Innovación Educativa en Filosofía* (pp. 95-96). Granada: Comares.
- Crespín Perales, M. (2021). Introducción. En M. Crespín Perales (ed.), *Feminismo e identidades de género en Japón* (pp. 11-19). Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Crespín Perales, M. (2023). Estudio introductorio. El traslado a Japón de la polémica sobre la cosa en sí: un estudio de *La doctrina kantiana de la cosa en sí* (1889) de Nakajima Rikizō. En M. Crespín Perales, (introd., trad.), R., Nakajima, *La doctrina kantiana de la cosa en sí* (1889) (pp. ix-xxix). Granada: Comares.
- Crump, J. (1996). *The Anarchist Movement in Japan, 1906–1996*. London: Pirate Press. <https://theanarchistlibrary.org/library/john-crump-the-anarchist-movement-in-japan-1906-1996>
- Current History. (2023). About. *Current History*. <https://online.ucpress.edu/currenthistory/pages/About>
- Delap, L. (2021). *Feminisms. A Global History*. London: Penguin. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226754123.001.0001>

- Drucker, A. R. (1979). The Role of the TWCA in the Development of the Chinese Women's Movement, 1890-1927. *Social Service Review*, 53(3), pp. 421-440. <https://doi.org/10.1086/643755>
- El País. (1996). *Manual de estilo del diario «El País» de España. El País*. <https://www.parlament.cat/document/nom/manual-de-estilo-de-el-pais.pdf>
- Fischer-Tiné, H., Huebner, S., y Tyrrell, I. (eds.) (2020). *Spreading Protestant Modernity: Global Perspectives on the Social Work of the YMCA and YWCA, 1889-1970*. Honolulu: Hawaii University Press. <https://doi.org/10.1515/9780824886462>
- Fitzpatrick, T. (2023 [1996]). Greenwich Village Intellectuals in the Early 20th Century. *American Experience*. <https://www.pbs.org/wgbh/americanexperience/features/goldman-greenwich-village-intellectuals-early-20th-century/#:~:text=The%20names%20of%20some%20of,%2C%20Dorothy%20Day%2C%20Randolph%20Bourne.>
- Fox, D. A. (2022, 13 de noviembre). Yule, Emma Sarepta (1863-1939). *History Link*. <https://historylink.org/File/22585>
- Germer, A. (2013). Japanese Feminists After Versailles: Between the State and the Ethnic Nation. *Journal of Women's History*, 25(3), pp. 92-115. <https://doi.org/10.1353/jowh.2013.0038>
- Hiratsuka, R. (2016 [1930]). Ni capitalismo ni marxismo. En J. W. Heisig, T. P. Kasulis, J. C. Maraldo, Bouso García, R. (Eds.), *La filosofía japonesa en sus textos* (pp. 1167-1168). Barcelona: Herder.
- Imai, K. (2012). The Women's Movement and the Settlement Movement in Early Twentieth-Century Japan: The Impact of Hull House and Jane Addams on Hiratsuka Raichō. *Kwansei Gakuin University Humanities Review*, 17, pp. 85-109. <http://hdl.handle.net/10236/10536>
- Jane Addams Project. (2015). Mei, Anna Fojin Kong (1891-1958). Jane Addams Project Digital Edition. <https://digital.janeaddams.ramapo.edu/items/show/33136>
- Jansen, M. B. (2003). *The making of modern Japan*. The Belknap Press of Harvard University Press.
- Kōsaka, M. (1958). *Japanese Thought in the Meiji Era*. Pan-Pacific Press.

- Kwon, A. (2018). The Legacy of Mary Scranton. *International Bulletin of Mission Research*, 42(2), pp. 162-170. <https://doi.org/10.1177/2396939317698778>
- Latham, S. (2011). The Mess and Muddle of Modernism: The Modernist Journals Project and Modern Periodical Studies. *Tulsa Studies in Women's Literature*, 30(2), pp. 407-428. <https://doi.org/10.1353/tsw.2011.a498336>
- Liu, J., Carpenter, M. (2005). Trends and Issues of Women's Education in China. *The Clearing House*, 78(6), pp. 277-281. <https://doi.org/10.1080/00098655.2005.10757632>
- Löwith, K. (1998 [1940]). El nihilismo europeo. En K. Löwith, *El hombre en el centro de la historia. Balance filosófico del siglo XX* (pp. 57-122). Barcelona: Herder.
- Madigan, J. C. (2009). The education of women and girls in the United States: A historical perspective. *Advances in Gender and Education*, 1, pp. 11-13. https://scholarworks.sjsu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1006&context=second_ed_pub
- Marx, K. (2009 [1867]). Capítulo XXIV. La llamada acumulación originaria. En K. Marx, *El Capital. Crítica de la economía política. Libro Primero. El proceso de producción de capital*. (Volumen 3) (pp. 891-954). Madrid: Siglo XX editores.
- Melanowicz, M. (2010). The Awakening of Women during the Late Meiji and Early Taishō Eras: From Mori Shige to Hasegawa Shigure. *Silva Iaponicarum*, XXIII/XXIV/XXV/XXVI, pp. 269-282. <http://silvajp.home.amu.edu.pl/Silva%2023242526.pdf>
- Nak-Chung, P. (2015). El doble proyecto de la modernidad. *New Left Review*, 95, pp. 71-86. <https://newleftreview.es/issues/95/articles/paik-nak-chung-el-doble-proyecto-de-la-modernidad.pdf>
- Nelson, L. K. (2012). *The Power of Place: Structure, Culture, and Continuities in U.S. Women's Movements*. (Tesis doctoral). University of California. <https://escholarship.org/content/qt8794361r/qt8794361r.pdf>
- Offen, K. (2015). *Feminismos europeos, 1700-1950. Una historia política*. Akal.
- Parratt-Fernández, S., Mera-Fernández, M., y Cáceres-Garrido, B. (2023). Avances en la perspectiva de género en los medios de comunicación: iniciativas para

su incorporación en la prensa Española. *Profesional de la información*, 32(2), e320221. <https://doi.org/10.3145/epi.2023.mar.21>

Pattberg, T. (2009). *The East-West Dichotomy*. New York: LoD Press.

Pérez Soler, S., y Roca Sales, M. (2019). Lentes violetas: la irrupción de la figura de la editora de género en medios generalistas. Estudio preliminar cualitativo en España y Estados Unidos. *Zer*, 25(47), pp. 65-83. <https://doi.org/10.1387/zer.20738>

Ponce Urquiza, A. (2009). *El origen de la geoideología de Estados Unidos y su impacto en Alfred Thayer Mahan*. (Tesis de doctorado). México: Universidad Nacional Autónoma de México. http://132.248.9.195/ptd2009/agosto/0647555/0647555_A1.pdf

Powell, J. W. (1888). From Barbarism to Civilization. *American Anthropologist*, 1(2), pp. 97-123. <https://doi.org/10.1525/aa.1888.1.2.02a00000>

Prabook (2023). Hua-Chuen Mei. Also known as Anna Fo-Jin Kong. Clubwoman social worker. Prabook. <https://prabook.com/web/hua-chuen.mei/1722306>

Rockefeller Foundation. (2023). Our history. Rockefeller Foundation <https://www.rockefellerfoundation.org/about-us/our-history/>

Roosevelt, T. (1904, 6 de diciembre). Fourth Annual Message. *The American Presidency Project*. <https://www.presidency.ucsb.edu/node/206208>

Sasaki, M. (2009). American New Women Encountering China: the Politics of Temporality and Paradoxes of Imperialism, 1898-1927. *Journal of Colonialism and Colonial History*, 10(1). <https://doi.org/10.1353/cch.0.0042>

Shimazu, N. (1995). *The racial equality proposal at the 1919 Paris Peace Conference: Japanese motivations and Anglo-American responses*. (Tesis de doctorado). Oxford: University of Oxford. https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:8fd0f80b-a0be-42df-a1a0-7441fb27616b/download_file?file_format=application%2Fpdf&safe_filename=602327139.pdf&type_of_work=Thesis

Société des Nations. (1920). Pacte de la Société des Nations. *Société des Nations – Journal Officiel, Février*, pp. 3-12. <https://www.ungeneva.org/es/about/league-of-nations/covenant>

- Tanaka, M. (1971). Motines del arroz en el Japón en el año 1918. *Estudios Orientales*, 6(3/17), pp. 250-285. <https://www.jstor.org/stable/40314104>
- The New York Times. (2017, 10 de octubre). Jessica Bennet Named Gender Editor. *The New York Times*. <https://www.nytc.com/press/jessica-bennett-named-gender-editor/>
- The U.S. National Archives and Records Administration. (2023 [1776]). *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América*. The U.S. National Archives and Records Administration. <https://www.archives.gov/espanol/la-declaracion-de-independencia.html>
- Tikhonov, V. (2020). Worldwide 'Red Age' and Colonial-era Korea. An Attempt at Meta-historical Analysis. *블라디미르티호노프 (Estudios marxistas)*, 17(2), pp. 146-182. https://www.kci.go.kr/kciportal/landing/article.kci?arti_id=ART002588596#none
- Tratado de Versalles. (1919). *Tratado de Versalles*, Versalles, 28 de junio de 1919, [S.I.], Archivo Nacional de Honduras, [s.a.]. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/tratado-de-versalles/>
- Walker Vadillo, M. A. (2011). El ciclo de Ester. *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 3(6), pp. 19-28. <https://www.ucm.es/data/cont/docs/621-2013-11-21-4.%20Ester.pdf>
- Yule, E. S. (1912). *An Introduction to the Study of Colonial History for Use in Secondary Schools* [Una introducción al estudio de la historia colonial para uso en escuelas de educación secundaria]. Manila: Department of Public Instruction, Bureau of Education, Bureau of Printing.
- Yule, E. S. (1921). Japan's New Woman. *Scribner's Magazine*, LXX (3, September), pp. 349-361. <https://modjourn.org/issue/bdr504007/>
- Yule, E. S. (1922). Miss China. *Scribner's Magazine*, LXXI (1, January), pp. 66-79. <https://modjourn.org/issue/bdr504979/>
- Yule, E. S. (1923). The Young Women Rebels of Korea. *Current History*, 17 (6, March), pp. 1017-1020. <https://doi.org/10.1525/curh.1923.17.6.1017>
- Yule, E. S. (1935). *In Japan: Without Clock or Calendar*. Boston, Massachusetts: The Stratford company. [https://hdl.handle.net/2027/uc1.\\$b53128](https://hdl.handle.net/2027/uc1.$b53128)